

Ensayo: La conciencia del lector en la creación literaria infantil y juvenil

El taller de literatura infantil y juvenil del 4 de octubre se consolidó como un espacio de aprendizaje y reflexión profunda sobre la responsabilidad estética y ética del escritor frente a su lector. Bajo la dirección del escritor y pedagogo John Fitzgerald Torres, y con la coordinación de Henry Alberto Jiménez Cuestas, la sesión abordó la importancia de comprender la literatura como un acto consciente de comunicación entre autor, texto y público lector, especialmente cuando ese público está conformado por niños y jóvenes en proceso de formación emocional y cognitiva. Desde el inicio, el encuentro se caracterizó por un tono humano y solidario. La intervención de Laura Henao, quien compartió su experiencia de vida con una enfermedad rara junto a su compañera Tatis, otorgó al grupo un aire de empatía y resiliencia. Este intercambio inicial permitió que la sesión se desarrollara en un ambiente de fraternidad intelectual, donde la literatura emergió como un espacio de acompañamiento y resistencia frente a las adversidades. Uno de los ejes centrales del taller fue la reflexión sobre la “ conciencia del lector ” , concepto clave que John Fitzgerald definió como la capacidad del escritor para reconocer las características psicoemocionales y culturales de su público objetivo. Esta conciencia, afirmó, orienta las decisiones narrativas, el tono, la estructura y el lenguaje del texto. En el caso de la literatura infantil, implica no solo adaptar los contenidos a las etapas de desarrollo lector, sino también respetar la sensibilidad del niño como sujeto activo del acto de lectura. La literatura para niños —sostuvo el tutor— no busca aleccionar, sino conmover, divertir, despertar la imaginación y formar una mirada crítica y sensible del mundo. Asimismo, se subrayó la importancia de la premisa como punto de partida del relato. En una frase breve, el escritor debe condensar el corazón de su historia, aquello que la justifica y le da dirección. Este ejercicio, más allá de lo técnico, exige claridad conceptual y dominio de la intención narrativa. La premisa, explicó Fitzgerald, es el hilo invisible que conecta todos los elementos del cuento: el conflicto, los personajes, el narrador y el desenlace. El taller también abordó con precisión los aspectos formales de la escritura infantil: la extensión adecuada según la edad del lector, los formatos editoriales (libro álbum, libro silente, pop-up, cómic, entre otros), y la relación simbiótica entre texto e ilustración. En este sentido, el cuento fue definido como un relato breve e intenso que, en palabras de Julio Cortázar, “ se gana por nocaut ” . Su eficacia radica en la concentración, la tensión emocional y la búsqueda de un impacto inmediato, cualidades que en la literatura infantil adquieren una dimensión formativa y estética a la vez. Otro punto de gran valor fue la discusión sobre la intencionalidad del autor. Fitzgerald distinguió entre informar, formar y aleccionar, señalando que la última —cuando pretende imponer valores morales o políticos— constituye una de las deformaciones más nocivas del género. Por el contrario, el verdadero escritor infantil es aquel que logra comunicar belleza y verdad sin sacrificar la libertad creativa del lector. Durante la sesión también se exploraron los recursos de creación narrativa: la observación como fuente de historias, el uso del “ binomio

fantástico ” de Gianni Rodari y la ékfrasis como detonante visual. Estas herramientas, junto con la práctica diaria de la lectura y la escritura, fueron presentadas como los pilares del oficio literario. “ Se aprende a escribir escribiendo ” , insistió el tutor, recordando que la disciplina y la curiosidad son el verdadero terreno de la imaginación. El cierre del encuentro estuvo marcado por la noticia de la nominación de John Fitzgerald Torres a la lista de honor del IBBY para el Premio Hans Christian Andersen 2026, hecho que inspiró al grupo y reafirmó el compromiso de la escuela con la excelencia literaria. Por su parte, Henry Alberto Jiménez Cuestas recordó los compromisos editoriales del taller, la necesidad de formalizar matrículas y de entregar los textos corregidos antes del 22 de octubre, con miras a su posible inclusión en la antología del año. En conclusión, las memorias del 4 de octubre reflejan un ejercicio pedagógico integral, donde la literatura se entiende como una práctica de creación, reflexión y comunidad. La sesión no solo fortaleció los conocimientos técnicos sobre el cuento infantil, sino que también promovió una ética del escritor que reconoce al lector —niño o joven— como interlocutor sensible y protagonista de su propio universo de significados. En tiempos donde la lectura enfrenta múltiples desafíos, este tipo de encuentros reafirman que la palabra sigue siendo un espacio de encuentro, juego y transformación.